LORENZO HERVÁS

HISTORIA DE LA VIDA DEL HOMBRE

Selección

Davide Mombelli
(Ed.)



Serie *Documenta*
Recensión

Lorenzo Hervás

Historia de la vida del hombre

Selección

Davide Mombelli
(Ed.)

Ediciones Revista Recensión

COLECCIÓN:
Serie DOCUMENTA RECENSIÓN

https://revistarecension.com/comite/

© De esta edición y su introducción, Davide Monmbelli. 2026

Edición Digital
ISSN: 2659-5028

Lorenzo Hervás, *Historia de la vida del hombre. Selección*, ed. de Davide Mombelli, Madrid, Instituto Juan Andrés, 2026.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 9

LORENZO HERVÁS, *HISTORIA DE LA VIDA DEL HOMBRE* 13

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

La producción científica del universalista Lorenzo Hervás puede entenderse como un amplio proyecto antropológico destinado a reconstruir la vida humana en todas sus dimensiones[1]. Su obra no se limita al estudio físico del individuo, sino que aborda también su educación, su moralidad, su integración social, su desarrollo histórico y su diversidad cultural y lingüística. La antropología funciona, por tanto, como el principio que proporciona unidad a investigaciones aparentemente distintas y convierte el conocimiento científico en una herramienta al servicio de la formación y el bienestar humanos.

En *Historia de la vida del hombre*, publicada en español entre 1789 y 1799, Hervás organiza el estudio del ser humano según las sucesivas edades biológicas: concepción, nacimiento, infancia, niñez, pubertad, juventud, virilidad, vejez y muerte. Sin embargo, estas etapas no se describen únicamente desde la biología o la fisiología (publicaría en 1800 *El hombre físico*, donde estudia la anatomía y la constitución fisiológica del ser humano): cada una se relaciona con determinadas necesidades educativas, intelectuales, morales y sociales, coincidiendo el proyecto hervasiano en una historia integral de la formación de la persona.

Como decíamos, la antropología de Hervás se encuentra estrechamente vinculada con sus investigaciones lingüísticas, recogidas en la obra magna del *Catálogo de las lenguas*. Su contribución al estudio comparado de las lenguas y los pueblos permite considerarlo precursor de la lingüística general, la filología comparada, la etnología y la antropología cultural. La pluralidad de las lenguas representa para

[1] Sobre la antropología y la pedagogía de Lorenzo Hervás, véase P. Aullón de Haro y D. Mombelli, "Introducción al programa antropológico y educativo de Hervás", en L. Hervás, *Catálogo de las lenguas*. Vol. 1: *América*, Madrid, Instituto Juan Andrés, 2025, pp. LXVII-XCVII.

él una manifestación esencial de la diversidad humana. Su interés por la comunicación y la educación de los sordomudos prolonga esta concepción y revela el carácter inclusivo y humanitario de su programa pedagógico.

Desde el punto de vista metodológico, Hervás combina la tradición del humanismo clásico con una epistemología empirista basada en la observación, la experiencia y la comparación, y ello se puede comprobar en la selección de textos de la *Historia de la vida del hombre* que proponemos a continuación. Reconoce además que muchas investigaciones deben desenvolverse dentro de lo sólidamente probable, sin aspirar siempre a certezas absolutas. Este empirismo queda integrado en una concepción histórica y espiritual de la existencia, orientada por la moral cristiana.

Proponemos en nuestra edición seis fragmentos de la *Historia de la vida del hombre*, representativos de las distintas partes de la obra.

En el primero, extraído de la introducción general, Hervás expone su propósito: estudiar al ser humano desde la concepción hasta la muerte, atendiendo tanto a su naturaleza física como a su formación civil, moral, científica y religiosa. La tesis central es que la educación desarrolla las capacidades naturales del individuo y lo convierte en un miembro útil de la sociedad.

El segundo texto está dedicado al «hombre en las ciencias». En él, Hervás defiende la utilidad social del conocimiento y examina críticamente el estado de las disciplinas científicas en su época. Distingue los saberes racionales de los experimentales, reivindica el valor de los autores clásicos y sostiene que el verdadero progreso exige principios sólidos, un método adecuado y aplicaciones útiles.

El tercer pasaje tiene como tema central el «hombre en la virilidad», entendida como la etapa de plenitud corporal, intelectual y social. Mediante comparaciones etimológicas entre diversas lenguas, Hervás vincula la idea de varón con la fuerza, la vida y la virtud, poniendo de manifiesto la orientación antropológica de sus investigaciones lingüísticas.

El cuarto fragmento versa sobre el clima, el temperamento y las costumbres. Hervás rechaza que las condiciones climáticas determinen la conducta de los pueblos. Aunque admite su influencia indi-

recta sobre el cuerpo y el temperamento, se opone al determinismo de Montesquieu y atribuye las costumbres principalmente a factores históricos, educativos, jurídicos y religiosos, salvaguardando así la libertad moral del individuo.

El quinto texto aborda las «preocupaciones del hombre», es decir, los prejuicios y juicios irracionales originados por la ignorancia, las pasiones y una educación defectuosa. Estas falsas ideas afectan a todas las edades y clases sociales, por lo que deben combatirse mediante la razón y una adecuada formación moral.

Por último, en el sexto fragmento Hervás presenta la sección final de su obra antropológica, dedicada a la vejez y la muerte. La ancianidad se estudia desde una perspectiva física, social y religiosa. Frente a la debilidad corporal, el autor destaca la experiencia y la capacidad de consejo del anciano, al tiempo que interpreta cristianamente la muerte como tránsito de la vida temporal a la eterna.

Para la edición de los fragmentos seleccionados hemos tomado como referencia la *Historia de la vida del hombre* (Madrid, Imprenta de Aznar, 1789-1799, 7 vols.). Al comienzo de cada fragmento se indican el volumen y la sección de procedencia. Asimismo, hemos modernizado la ortografía y la puntuación para facilitar su lectura.

LORENZO HERVÁS, *HISTORIA DE LA VIDA DEL HOMBRE*

I

Vol. 1. *Concepción, nacimiento, infancia y niñez del hombre*, libro I, pp. 1-10

INTRODUCCIÓN

La historia del hombre es historia del que la lee: el lector en su lección se estudia a sí mismo. La materia por su utilidad le puede ser interesante, no por su novedad; siendo su objeto tan común y conocido; y ni el espíritu de ésta me ha dado motivo alguno para idearla, sino el de la pura verdad y de la honradez, al que procuro corresponder siempre como miembro útil de la religión santa que profeso, y de la Sociedad civil en que vivo. […]

Inclinado por genio, y convidado de las circunstancias en que me ha colocado el destino de la adorable Providencia a pensar en el Hombre, he hecho estudio de los hombres en mí mismo; hombre como todos ellos, y blanco de sus tiros. Sin salir de mí mismo he conocido y aprendido lo necesario, para saber y poder exponer lo que es el hombre, y lo que debe ser; y con relación a estos dos puntos interesantes de la vida del hombre, había meditado escribir su historia. Mas reflexionando atentamente a que las circunstancias que más me habían hecho conocer al hombre, me impedían descubrir sinceramente su carácter; y a que el objeto principal de mi deseo era escribir lo que únicamente puede ser útil al hombre, sin exponerme al peligro de enseñarle el vicio reprendiéndole, proyecté escribir solamente la historia de lo que el hombre es en el orden físico, y de lo que puede y debe ser en el civil, moral y científico. Al hombre, pues, propongo lo que él es según la naturaleza; y lo que puede y debe ser según el

arte. El hombre en cuanto es producción viviente de la naturaleza, es la obra más primorosa del mundo visible; sobre el cual se realza y eleva infinitamente por la sublime perfección de su espíritu, que le coloca en clase de superior orden a todas las criaturas sensibles. Mas el hombre tan eminente y elevado, sin la ayuda del arte apenas sale de la esfera en que la naturaleza encierra sus producciones. Destinado por naturaleza, inclinación y necesidades propias a vivir en sociedad con sus semejantes, es incapaz de unirse con ellos en racional compañía sin la formación e instrucción de su espíritu. El horror de las selvas y de los peñascos trasladado a las galerías, forma el objeto de las delicias humanas por medio del arte, que transforma el mayor horror en la más agradable hermosura; así también por medio del arte de formar el espíritu, el hombre, que abandonado al impulso y dirección de la naturaleza sería monstruo de ferocidad, horror y vicio, aparece humano, agradable y virtuoso. Esto es lo que puede y debe ser el hombre; y a este fin desde su primer momento vital, en que es capaz de formarse su espíritu según el modelo rectísimo de la religión y sociedad, le subministro todos los medios conducentes para lograr el fin principal que me propongo en su historia.

En ésta consagro los tres primeros libros de que consta el tomo primero, a la concepción, infancia, y niñez del hombre. Al recorrer estas edades, sigo en primer lugar la naturaleza observando atentamente su obrar para exponer lo verisímil en defecto de lo cierto, inaveriguable. Al proponer la concepción del hombre, su detención en el seno materno, y su aparición a la común luz, procuro no perder jamás de vista el obrar siempre uniforme de la naturaleza, y hago por descubrirle, y presentarle despojado de aquellos misteriosos y fantásticos velos, con que la ignorancia, el error y la superstición le habían encubierto a la perspicacia de la consideración filosófica. En la naturaleza siempre invariable y constante en sus producciones, encuentro las causas del aborto y parto; de la semejanza diferencia, hermosura, y monstruosidad de sus efectos; y en el error encuentro solamente archivados los romancescos fenómenos del hermafroditismo, y de las producciones humano-bestiales. Mientras el hombre está en el seno materno, se proponen algunas advertencias dirigidas a la indemnidad de su vida corporal y espiritual, según exigen la religión y la sociedad. Esta espera el deseado momento de ver nacido

un miembro suyo; y la religión ansiosamente aguarda la aparición de un nuevo héroe, que pretende entronizar en las altas y eternas moradas. La madre responsable a Dios y al mundo, ¿cuánto cuidado debe tener para no defraudar de sus justas esperanzas la religión y la sociedad?

En el nacimiento del hombre llamo inmediatamente la atención de sus semejantes e imploro tiernamente su compasión, para que luego correspondan y satisfagan a las necesidades del recién nacido, rindiéndole los homenajes y servicios, que piden y mandan la Caridad religiosa, y el buen método de educación física. En esta ocasión presento al físico y al filósofo, materia abundante, en que puedan ejercitar su ciencia en favor del recién nacido, y su admiración en orden al obrar, que diré divino de la naturaleza, dirigida por el supremo Hacedor. Por efecto maravilloso de este obrar reconoce el filósofo la constante combinación en la concepción y nacimiento del número proporcionado de personas de ambos sexos, que corresponden al fin de la propagación del linaje humano, por medio de aquel matrimonio que entre varón y hembra solamente, propone la naturaleza, la razón dicta, y manda la religión. Tiene el filósofo otros motivos de singular admiración, cuales son los actos con que el infante empieza a dar con sus acciones y palabras, señales ciertas del espíritu racional que le anima. La razón, que empieza a despuntar claramente en la más tierna edad, es un efecto que deja extática su consideración. No menos la dejan la naturaleza varia y artificio admirable de los idiomas, sobre los que apunto algo de lo mucho que expongo en los cinco tomos, ya publicados en italiano, sobre el catálogo, origen, formación, armonía y mecanismos de casi todas lenguas conocidas; materia, no menos admirable que fecunda de innumerables conocimientos útiles.

En la historia del hombre, presento al físico la materia más importante de sus observaciones, cual es la conservación de la vida y de la sanidad del hombre. De la existencia de éste, depende el fin de la utilidad del mundo sensible; por tanto, la ciencia física de todo lo visible no mira a su fin, si toda no se dirige al servicio y a la conservación del hombre. A este efecto descubro al físico, y con el dedo le señalo los muchos y poderosos enemigos mortales, que ponen asechanzas a la tierna e infantil vida, para que el hombre se marchite y perezca en flor; y le prescribo no pocas industrias y

medios para que esta planta de la naturaleza racional se defienda, conserve, y pueda llegar a ser útil y fructífera en la sociedad.

A la educación física, de que la naturaleza hace solamente capaz al hombre en el principio de su infancia, sucede la civil, moral y científica; pues el arte supone la naturaleza. El hombre en los primeros años de su vida, es como de cera en lo físico y moral; por lo que en el cuerpo y en el espíritu recibe fácilmente toda impresión. Si las primeras atenciones se han de convertir al cuerpo, hasta que habiéndose fortificado sus órganos y sentidos sea capaz de instrucción su espíritu; luego que aparezca esta capacidad, es necesario por momentos aprovecharse de ella para formar al hombre, que antes de esta formación casi se confunde con las bestias. El hombre no se distingue de éstas en la educación física, y solamente tiene la propia de hombre cuando se forma su espíritu, en que se funda todo el derecho de superioridad que tiene sobre lo sensible. Por naturaleza tiene el imperio el más fuerte; mas este imperio que da la naturaleza irracional, es común a los hombres y a las bestias. La sociedad elevándose sobre la naturaleza da al sabio y al virtuoso el imperio de la razón y veneración, compatible con el nacer súbdito. Este imperio, a que deben aspirar todos los hombres, no se logra sin la instrucción del espíritu. En esta consiste toda la felicidad personal del hombre, la común de la familia a que pertenece, y de la sociedad en que vive. Con relación a esta máxima (que forma todo el espíritu de la presente historia), en todas las edades del hombre, y principalmente en todos los momentos del precioso tiempo de su educación, pienso siempre e insisto en proponer los medios y los fines, las ventajas y la necesidad de la instrucción civil, moral y científica de su espíritu. Religión y sociedad son los objetos de mis discursos; en que el Lector hallará expuesto cuanto es necesario para que la educación del hombre corresponda a ellos.

En el libro IV, que da materia a todo el tomo II, considero al hombre en su pubertad y juventud. Abandono al que en estas preciosas edades, primavera florida de la vida humana, la sociedad descuidada deja secarse y podrirse en el ocio; poco me detengo con el que tempranamente se enlaza con el vínculo conyugal, haciéndose esclavo antes de conocer lo que es libertad; y convirtiéndome al que anhela gozar de éstas los primeros y útiles frutos, impelido de la noble ambición de figurar y ser útil a la sociedad, le expongo la instrucción científica.

No sé, si arrastrado del genial amor a las ciencias, o temiendo augurio no feliz de su estado, me difundo demasiado en proponer su práctico estudio. De éste empiezo a tratar, adelantando el discurso de las lenguas eruditas, cuya utilidad convence la necesidad de estudiarlas.

Su nombre aún es respetable, pero es fatal su destino, de que me lamento entre los católicos, al tiempo mismo que envidio su feliz suerte entre los heterodoxos. No echaré en cara a los españoles el descuido que, en cultivar las lenguas orientales, hallo común a los franceses e italianos. Roma, que con su ejemplo debía preceder, admira hoy como fenómeno raro el eco, que del griego por medio de los españoles maestros resuena en los palacios de sus nobles y príncipes; mas estos ecos serán voces sin cuerpo, y momentáneas, que desaparecerán prontamente, porque en Roma, como en casi todos los países católicos faltan premios con que se mantenga vivo el estudio de las lenguas orientales. Entre las eruditas cuento la cántabra, cuyo cultivo pertenece particularmente a los españoles. En mis tomos, y a citados sobre las lenguas, he expuesto pruebas de la utilidad científica de la cántabra, que los eruditos empiezan a reputar como demostraciones de la necesidad de su estudio.

La lengua nacional es el primer ajuar científico de la sociedad. Cada nación tenga sin disputas vanas el idioma que la ha tocado, y piense solamente en perfeccionarle, y hacerle erudito. Las lenguas se diferencian intrínseca y extrínsecamente en la perfección. Lo intrínseco consiste en su sintaxis, que en las lenguas se tiene por herencia. Lo extrínseco consiste en la pronunciación, armonía, multiplicación y propiedad de sus palabras, correspondientes a la innumerable variedad de las ideas mentales. Esta perfección es tanto mayor en cada lengua, cuanto más y con mayor acierto se escribe en ella. La lengua más erudita y perfecta es aquella en que más y mejor se haya escrito sobre todas las ciencias. Los escritores insignes la perfeccionan, multiplicando no las voces radicales (sin suma necesidad), mas las derivadas; y a este fin verbifican los nombres; los adverbian, adjetivan los sustantivos, sustantivan los adjetivos, y fijan la significación de las muchas voces, que falsamente se dicen sinónimas. Este ejemplo me ha dado alguna libertad para atreverme tal vez a imitarle. Conozco, que podré haber delinquido fácilmente en la imitación; porque escribo en una lengua para mí muchos años ha muerta, y de que he de-

scuidado como de inútil embarazo de mi memoria; mas espero que cualquier yerro será sabiamente corregido, sin embargo que mi Señor tío D. Antonio Panduro (por cuyas respetables instancias escribo la presente historia) tiene dado el cargo de la corrección de la obra a persona de su entera satisfacción, para que omita alguna palabra que no sea propia del español.

De las lenguas paso a las ciencias profanas y sagradas. En cada una de ellas analizo su naturaleza; distingo el carácter de los principales autores que las han tratado, habiendo consultado sus obras, que cito; y propongo el método que me parece mejor para el estudio científico. Si en mis discursos no ve el Lector claramente la verdad, que me parece mostrarle, hallará ciertamente muchas razones de dudar prudentemente, y no pocos medios para encontrarla. Divido la historia en las clases de profana y sagrada; y cada una de éstas subdivido en ramos particulares, porque la buena división facilita la claridad metódica de su estudio. En cada ramo propongo la serie de los autores, que por su antigüedad o mérito pueden o deben formar las respectivas colecciones de sus materias; y de cada uno de ellos noto la censura, que según crítica imparcial me parece convenirles. Determinado y habituado por empeño constante a mostrarme sensible solamente a la razón, y por mis circunstancias libre o despojado de las preocupaciones del patriotismo, leo las historias de los hombres con la misma indiferencia con que oigo los romances de los planetícolas; y sobre la cátedra de la indiferencia pronuncio públicamente la sentencia o censura que concibo en lo oculto de mi razón.

En las ciencias filosóficas, que independientes de la experiencia deben su existencia y perfección a la razón, apelo al pensar de los antiguos, si no encuentro cosa mejor en el de los modernos. Simplifico el estudio filosófico, despojándole de los errores con que la ignorancia le había obscurecido y desfigurado monstruosamente; hago aparecer la dialéctica en su natural primitiva simplicidad; y adopto el buen método, que en la metafísica ha prescripto la crítica de los modernos. Respeto a estos en la ciencia física, que debe su perfección a la experiencia y al tiempo, aunque no descubro aún aquella utilidad que se debía esperar de sus progresos. Cuando me remonto hasta la más alta y escondida antigüedad, y llego a encontrar la física en su infancia, en ésta admiro ver a Hipócrates físico consumado; y recorriendo

después las demás edades a que la física debe la decantada perfección de sus progresos, espero ver muchos Hipócrates, y no encuentro el segundo. Esto me hace temer o dudar, si la calidad de los nuevos progresos físicos impide formarse perfectos físicos; como muchos modernos dejan de ser verdaderos sabios por el impedimento que hallan en la inmensa muchedumbre de los libros nuevos. En tiempo de Hipócrates la medicina no por fanatismo, más por su buen suceso se respetaba como ciencia divina; y cuando más se había de respetar por sus progresos, no han faltado sabios que casi la hayan despreciado como verdadera impostura. ¿De dónde proviene tanta diversidad de afectos humanos hacia la medicina? ¿Dependerá de la naturaleza de ésta? No más solamente de la naturaleza de su estudio, y de la varia habilidad de los que le hacen, y practican. La medicina, ciencia dirigida a la conservación de los mayores bienes temporales del hombre, que consisten en su sanidad y vida, tiene en esta historia el distinguido puesto que la corresponde, por lo que en toda ella no pierdo ocasión de indicar todo lo que conspira para su mayor perfección. Sobre la naturaleza y sobre los efectos de los remedios no hago discurso particular, por no exceder los límites de una breve instrucción físico-histórica, que no es tratado médico; mas sin entrar en la amplia doctrina de éste, advertiré, que la observación de los efectos de los remedios para conocer su naturaleza, y actividad útil o dañosa, debe promoverse continuamente, como fundamento de la medicina.

Remedio médico es todo lo que puede alterar de cualquiera manera la vegetación; y la alteración descubre los grados y la manera que tiene de obrar en cada parte del cuerpo animal por atracción y repulsión. Es loable la anatomía, que con la sección de los cadáveres pone a la vista el efecto sensible, que en cada uno de sus miembros produce la vegetación alterada; por esto la más útil anatomía será la de aquellos cadáveres, cuya vegetación debe haberse alterado notablemente con el excesivo uso de los remedios médicos. Felizmente se podrá lograr también este conocimiento, analizando el cadáver de animales, cuyo nutrimento principal hayan sido hierbas, o géneros medicinales. De este modo se observaría cómo, y en cuánto tiempo unos remedios alteran los líquidos, otros los sólidos; unos tienen su acción sobre los huesos, otros sobre la carne; unos sobre la piel, y otros sobre las partes interiores.

Sobre la física sistemática, y sobre la matemática propongo los discursos necesarios para rectificar y hacer útil su estudio; el Lector hallará otros, quizá no inútiles, en la historia física de la Tierra, y en el viaje extático al mundo planetario, que publicaré en obras separadas con poca variación de las que he publicado en italiano.

Entre las ciencias naturales son clásicas la ética y la jurisprudencia. La ética sirve para modelar el espíritu según el sello de la razón; y la jurisprudencia para formar al hombre según la legislación de la sociedad civil, a que pertenece. En la ética poco me detengo; porque expongo solamente su doctrina clara según los principios de la razón, despreciando las ilusiones de los que vanamente han pretendido obscurecerla. El obscurecer la verdadera ética es tan difícil, como privar de la razón al hombre; por lo que los discursos de los que han querido destruir la bondad y malicia moral de los actos racionales del hombre, se leerán siempre como romances de doctrina que no pertenece a los individuos de la naturaleza humana, y que se promueve solamente por los que establecen momentáneamente los derechos de ésta en el desahogo de las violentas e irracionales pasiones. Mayor atención me merece la jurisprudencia, de la que largamente trato, porque en ella hallo arraigado con daño de la sociedad el error que ha inficionado casi todas las ciencias. El error, vuelvo a decir, que impele a la tenaz conservación de la legislación antigua por el respeto pueril que se tributa a la antigüedad desconocida, o al nombre de hombres antiguos, que debemos poner a nuestro nivel. La legislación es ciencia, que consiste en el verdadero saber, sin relación alguna a la antigüedad, santidad, ni a otros accidentes que en el físico o moral caracterizan a los hombres. El más antiguo se distingue solamente del moderno en haber nacido antes, su mérito científico, y no la anticipación de nacimiento podrá distinguirle entre los héroes de la literatura. El justo se distingue del pecador, como las virtudes de los vicios, será más caritativo, más humilde y más piadoso; mas no por esto será mejor filósofo y jurisconsulto. La ciencia es la razón, y el que mejor razona, es el más sabio, sea más moderno o menos justo. Según estas máximas, mostrándome siempre agradecido a las luces benéficas que nos ha comunicado la antigüedad, abrazo de su legislación lo mejor, desecho lo malo, y propongo lo óptimo que hallo en la legislación moderna. La ciencia legal se refina con

el tiempo y con la malicia humana; crece la política a proporción que el mundo crece en edad. Lo que supieron los antiguos en esta materia, han heredado los modernos, y lo conservan en sus historias, por lo que hoy un cavador disputará de política, y quizá superará en ella a los siete sabios de Grecia. El Lector, que dará algún valor a estas reflexiones, no se maravillará que, fundado yo en ellas, me haya atrevido a proponer un nuevo método legal en mi largo discurso sobre la jurisprudencia.

Diversamente pienso y procedo en el examen de las ciencias sagradas; las cuales son como las aguas cristalinas de un río, que cuanto más corren, tanto más se exponen a perder su claridad y limpieza, por lo que para ver si se conservan tersas y cristalinas, las cotejo en su corriente con las que brotan de su manantial. Debo confesar sinceramente que me he juzgado obligado a tratar de las ciencias sagradas con mayor cautela y crítica, que de las profanas, pues en el estudio de ellas no solamente se han introducido los errores que son comunes a las profanas, y deben su origen a la ignorancia, mas también otros que son particulares del estudio sagrado, y provienen de la ignorante y falsa devoción o de la superstición. Efecto de estos vicios es el atrevimiento de los que pretenden quitar a la razón la libertad, que la conceden la naturaleza y la religión, y con entusiasmo religioso defienden como dogmáticos, sistemas canónicos, y teológicos, sobre que el catolicismo permite sostener sentencias diametralmente opuestas. Efecto también son el fanatismo y espíritu parcial con que celosa e imprudentemente se profana lo más sagrado, y se abusa de la antigüedad, respetándose como oráculos de la fe los que no lo son, y haciéndose venerables sus mismos yerros. Estos funestos efectos produjeron en las ciencias sagradas la profanación y obscuridad que después se transfundieron en las naturales que las servían. En éstas, se enseñaba lo que no existía en la naturaleza ni en la razón; y en las sagradas, abandonándose la autoridad en que se fundan, prevalecía el sofisma. Se aletargó el espíritu verdadero, de las ciencias sagradas; y su letargo dio motivo a la novedad de doctrinas que inventó la herejía. Con la estrepitosa y tumultuante resurrección de ésta, los católicos despertaron, y con la guerra que debieron hacer para defender el dogma santo contra los heterodoxos, aprendieron a ser sabios verdaderos.

Esta es la época de la resurrección o reforma de las ciencias sagradas, y según ella determino y fijo sus progresos, y el verdadero método de estudiarlas. […]

Después de haber tratado de las ciencias, concluyo el tomo II, o el libro IV, con un discurso interesante sobre la obligación y necesidad que tiene la sociedad civil, de hacer valer sus derechos, cuidando del hombre en la pubertad y juventud al tiempo que van desapareciendo la vigilancia y los derechos paternales. El hombre en aquellas edades, si el empleo o el vínculo conyugal no le empeñan dignamente en alguna ocupación, sacude el yugo de la autoridad paterna, o vive aparentemente bajo de ella amaestrándose en la escuela del ocio para ser vicioso. La sociedad descuida de la juventud, que erróneamente supone bajo del cuidado paterno, por lo que los jóvenes en la edad más peligrosa viven sin el freno de la vigilancia doméstica y sin temor ni dirección de la legislación pública. Estas máximas ciertas me dan fundamento para probar que a la sociedad civil interesa más la buena educación de la pubertad y juventud, que la de la niñez; y al mismo tiempo prescribo algunas industrias para lograr felizmente este fin.

En el libro V, de que consta todo el tomo III, se trata del hombre en la virilidad. El en esta edad llega al estado de su perfección física, y en la sociedad aparece como miembro digno de ella. En estas dos ideas encuentro el manantial de todos los discursos que hago sobre el hombre en la virilidad. Trato primeramente del hombre en la sociedad civil. El llegando a la virilidad se supone ya educado para figurar, como debe, en la compañía Social. La sociedad de hombres sin educación es un agregado tumultuario de bestias: su gobierno será feroz, su religión será supersticiosa, y sus máximas civiles y sagradas formarán un código de lazos contra la inocencia y de asechanzas contra los derechos de la naturaleza. Yo supongo educados racional y religiosamente los hombres que contemplo en la sociedad civil de que trato, y considero como miembros estrechamente entre sí enlazados, como deben estar los hermanos de una familia privada. En los derechos de ésta fundo todos los de la sociedad civil, que es una gran familia en que hallo ser legítimas las denominaciones de príncipe o magistrado y súbditos; dignas de premio o castigo las de bueno o mal ciudadano; espurias, las hereditarias de noble y plebeyo; y accidentales, o parto del acaso, las de rico y pobre. La sociedad es

una gran familia, en que solamente hay padre e hijos, príncipe y súbditos. Todos iguales por naturaleza, mas por constitución legal los súbditos inferiores al príncipe, iguales entre sí, y desiguales solamente en el mérito personal. En esta sociedad no tiene lugar la feroz bestialidad del despotismo, ni la esclavitud inhumana del vasallaje; no se reconoce la distinción honoraria hereditaria y destructiva de la igualdad que da la naturaleza, y confirma la buena legislación. […]

Discurro después de la perfección corporal, que el hombre llega a tener en su virilidad, en la que la naturaleza obrando lo mejor que puede hacer, le da la mayor perfección física de que él es capaz. A ésta pertenecen la figura y hermosura corporal del hombre, la buena proporción y simetría de sus miembros, sus movimientos admirables, la máxima y mínima grandeza de su estatura, su color vario, fisonomía y temperamento. Todas estas materias se tratan críticamente según los principios de física, y se concluye decidiendo las dudas de la degeneración que ha habido en la naturaleza humana, y cómo el hombre se pueda considerar término de perfección de todos los entes sensibles.

A los discursos físicos de la perfección corporal del hombre se siguen otros que se podrán llamar políticos, y tratan de su hermosura aparente, de las diversiones públicas, del lujo, de la propagación del linaje humano, de las causas intrínsecas y extrínsecas de la despoblación y de la ruina a que aceleradamente camina la sociedad humana.

El tomo IV, y último de esta historia contiene los libros VI y VII, en que se trata del hombre en la vejez y en la muerte, y se expone la anatomía de su cadáver. En el libro VI considero al hombre en la vejez, edad en que residen el oráculo de los consejos, la ciencia única de la experiencia y el objeto del respeto y de la veneración. Le considero después en la muerte, término terrible y necesario, en que confinan lo temporal momentáneo y lo eterno siempre duradero. Despojo de lo temporal es el cuerpo humano, vaso frágil y sucio del inmortal espíritu; el cual vaso la posteridad por agradecimiento y memoria, que presto desaparece, deposita, ejercitando en sus exequias actos respetosos de humanidad. La vida más larga del hombre es sombra de un momento, respecto de quien la considera pasada, y es como si nada fuese respecto de la eternidad. No obstante, esta brevedad, nuestra pequeñez o sutileza en el pensar la divide y subdivide en partes, que dan materia a varias reflexiones físicas y políticas

que se hacen. Concluyo el libro VI probando con razones naturales la inmortalidad del espíritu del hombre y la necesidad o congruencia de la resurrección de su cuerpo. Los días del hombre para el mérito o demérito son breves: eterna es la duración del premio o castigo. El hombre con su razón conoce estas verdades, la religión y la sociedad no quieren que él las olvide; antes bien desean que las tenga presentes, porque ni a la religión, ni a la sociedad conviene que el hombre mortal en su cuerpo obre como inmortal; y la religión y sociedad se interesan mucho en que el hombre conozca la inmortalidad de su espíritu, necesaria, como dice Platón en el diálogo X de la *República*, para que el malvado no se libre de la pena que merece. Útil es también el conocimiento de la resurrección congruentísima del cuerpo, porque inspira animosidad paciente para sufrir los trabajos momentáneos, que conducen a lograr premio eterno.

En el libro VII se contiene la exposición de la maravillosa organización del cuerpo humano, y de las funciones de su espíritu. Piensa siempre el hombre y por necesidad; y parece que hace estudio para pensar a todo lo que no es verdaderamente el mismo hombre. Piensa a sus honores, riquezas e infame desahogo de sus pasiones; pero esto no es pensar de hombre, ni pensar a sí mismo; mas es pensar a los accidentes de la sociedad, es pensar a los vicios de la naturaleza, como lo hicieran las bestias, si fueran capaces de pensar. El hombre es un compuesto de cuerpo y espíritu y estos dos objetos propongo a su pensamiento y consideración. A este fin analizo el admirable mecanismo de su cuerpo, y las operaciones siempre misteriosas de su espíritu, y le presento la combinación y acción mutua de dos entes que, distando infinitamente en naturaleza y perfección, ofrecen más digna y curiosa materia de consideración que todas las innumerables criaturas del mundo visible. Mas desgracia del hombre es que vive y llega a morir sin haber conocido y admirado lo que es el hombre. La ciencia más difícil es la de conocerse a sí mismo; así lo mas difícil al hombre es el conocer lo que es y debe ser el mismo hombre.

Este es el primero, último, y total objeto de la historia de la vida del hombre. Esta historia se empezó a publicar en idioma italiano el 1778, incorporándola en la obra intitulada Idea del Universo, que contiene también el Viaje extático al mundo planetario, la historia de la creación del mundo, la de la tierra, y la de las lenguas. Suspendí

la continuación de esta obra (de la que en el 1787 se habían ya publicado XXI tomos) por atender a su traducción española, debiendo obedecer (como insinué antes) a quien tenía derecho de mandármela hacer. Empecé la traducción, y siéndome ésta más enfadosa que el escribir de nuevo la historia, me determiné a la empresa renovando o reformando los discursos que me parecían dignos de corrección. Esta, que no me arrepiento de haber hecho, ha sido tan grande, que de los cuatro tomos de la historia, más de dos contienen discursos inéditos, por lo que esta obra no se podrá justamente decir traducida del idioma italiano. No se maraville el Lector de que un autor desfigure y renueve tanto sus producciones, porque solamente la naturaleza concedió su Hacedor el raro y singular privilegio de producir de una vez sus obras perfectas. El autor debe mirar sus producciones con menos pasión que el padre mira a sus hijos, porque conoce que puede reproducirlas mejor. Así lo hizo el crítico y docto Juan de Mariana con la traducción española de su historia latina, en cuyo prólogo dice así: "En la traducción no procedí como intérprete, sino como autor, hasta trocar algún apellido, y tal vez mudar opinión, que se tendrá por la nuestra la que en esta cuarta impresión se hallare; ni me até a las palabras, ni a las cláusulas; quité y puse con libertad según me pareció más acertado".

He renovado y escrito esta historia con deseo verdadero de hacer servicio útil a la nación española, en cuya lengua la publico. Si en ella hay algo bueno, espero que su bondad, aunque pequeña, será fructuosa en el presente tiempo decretado altamente para el feliz gobierno de nuestro augusto Monarca Carlos IV, Padre, más que Señor, y Rey de naciones innumerables; a quienes no sabe mandar sino para hacerlas felices, no permitiendo que queden inútiles los deseos y las fatigas de su más ínfimo hijo, que conspira a formar religioso, civil y científico el espíritu de sus hermanos, que bajo del paternal mando del más excelso y piadoso Soberano constituimos la familia más extendida que hay en el mundo.

Escribía en Roma, a 13 de junio 1789

II

Vol. 2. *Pubertad y juventud del hombre I,* libro IV, cap. IV, pp. 29-40

EL HOMBRE EN LAS CIENCIAS

El hombre en las ciencias es el miembro más ilustre y útil de la sociedad civil, porque con ellas hace conocer mejor los deberes que la razón natural dicta para que la criatura se acerque al Criador, el hijo se estreche con el padre, el súbdito obedezca al superior y los ciudadanos se unan entre sí con vínculos indisolubles de religión y razón. Con las ciencias la sociedad se hace civil y religiosa, y se inventan y perfeccionan las artes, que concurren para su felicidad temporal. Estos beneficios, que son efectos necesarios de las ciencias en los que las aprenden o enseñan o promueven, extienden su influjo sobre todos los miembros de la sociedad humana; y porque en obsequio de las ventajas espirituales y temporales de ésta escribo la presente historia del hombre, después de haber considerado a éste en aquel punto de vista en que se deja ver en lo moral y civil, digno miembro de la sociedad, deberé considerarle también con relación a lo científico, que es complemento de lo moral, civil y temporal de la misma sociedad. En los primeros años de la vida del hombre he discurrido de su educación física, civil, y moral; porque de esta sola materia la naturaleza presenta capaz al hombre en aquella edad. Crece con ésta el hombre, y al mismo tiempo se va presentando capaz sucesivamente de las ciencias, que se diferencian en los grados de su sublimidad, y según estos grados, y el sucesivo aumento de conocimiento en el hombre, trataré de las ciencias que debe o puede aprender. El asunto no es nuevo, ni el Lector espere novedad en los discursos de un asunto, que se ha tratado por muchos autores modernos. Mas yo no pretendo decir novedades, si por ventura tales no son las noticias antiguas, que por haberse olvidado aparezcan como nuevas a muchos. Mi intento es proponer sobre el estudio científico algunas reflexiones que me parecen conducentes para asegurar sus progresos, y hacerlos sólidos y estables a favor de la sociedad. Sobre el bien espiritual y temporal

de ésta influyen mucho las ciencias: el estado de éstas es alterable y sus alteraciones pueden producir efectos funestos. A la alteración de las ciencias pueden concurrir varias causas, como la falsa idea de su estudio y de sus progresos aparentes, el mal establecimiento de universidades y academias, la dificultad en imprimir, y otras cosas semejantes, que tienen estrecha conexión con la literatura, como se expondrá en los discursos siguientes.

I. *Reflexión sobre el estado presente de las ciencias*

Luis Vives en su obra (admirable según todos los críticos) sobre las causas de la corrupción de las ciencias, fue el primero que declaró guerra al mal gusto que en las ciencias había introducido la ignorancia de los siglos bárbaros, obscureciendo el resplandor de las luces que da el estudio científico; y aunque (como advierte Cano) no fue tan feliz en prescribir el método de estudiar las ciencias, como en descubrir los errores con que se enseñaban, no obstante se debe confesar que el descubrimiento que Vives hizo de los errores de algunas ciencias y de sus métodos fue causa principal de la disipación de las tinieblas que ofuscaban la verdad, que empezó a aparecer luego en la república literaria. Apenas ésta experimentó los primeros y felices efectos de la reforma de las ciencias, cuando aparecieron tropas de literatos empeñados en descubrir en las ciencias nuevos errores, y en señalar nuevos métodos lisonjeándose de perfeccionar de este modo el estudio científico. Este espíritu literario (que comúnmente es el de la novedad que corrompe la sociedad en lo moral y civil) ha animado y anima a tantos literatos para escribir innumerables libros de diccionarios científicos, compendios y métodos de estudiar y renovar las ciencias. La muchedumbre, variedad, y aun contrariedad de estos escritos, confunden hoy las ciencias, no menos que las confundía la ignorancia de los siglos bárbaros. Se han descubierto y disipado los obstáculos, errores y nublados que hacían las ciencias inaccesibles o nos ocultaban la verdad que conocieron los antiguos Sabios de Roma y Atenas, mas no por esto vemos aparecer o formarse otros Sabios iguales. La renovación de las ciencias debe tener sus límites para que crezcan en perfección las que son capaces de aumento; mas no se

renuevan bien, ni se aumentarán jamás las ciencias con métodos, que causan en ellas confusión y contrariedad. Yo creo que actualmente se debe tratar no de aumento mas de restricción o diminución de ciencias; no de confundirlas con variedad de métodos, sino de amplificarlas con método sólido y constante.

Mas al indicar este modo mío de pensar, paréceme oír desconcertados gritos de algunos literatos que, faltos de respiración por el ardor que los anima y por la priesa en impugnarme y confundirme, me dicen renovación, resurrección y aun animación de las ciencias se deben proponer; porque si éstas no están muertas, dan pocas señales de vida: están moribundas; y si tales no estuvieran, no veríamos que algunas de ellas continúan en estar como estatuas inmobles. Pasan años y más años, y vemos, que las sentencias y dudas no mudan de naturaleza ni de estado: la opinión siempre es opinión, la duda no deja jamás de ser duda, y lo que una vez se afirmó o dudó se sigue siempre afirmando o dudando. Se juró impíamente en otro tiempo sobre la fe de Aristóteles creído vanamente maestro universal; hoy se blasfema de su doctrina; mas se vuelve a jurar sobre la fe de otros sabios, que por usurpación se ponen en el trono del magisterio universal. De este modo en las escuelas no se admiran inventores, sino maestros y discípulos: aquellos enseñan lo que aprendieron, y estos saben solamente lo que les enseñaron. Las ciencias están encarceladas en el círculo vicioso de aprender y enseñar siempre una misma cosa; no sucede así en las artes mecánicas, las cuales continuamente mudan de estado y van siempre volando a la perfección. El artesano que inventa cada día cosas nuevas, y que enseña más que lo que aprendió, reprehende la infame desidia del literato, que no traspasando los límites de la educación, no se atreve a inventar nada; o juzga que es imposible enseñar más que lo que aprendió o se ha inventado.

Estas quejas me figuro oír contra el estado de las ciencias, y confieso ingenuamente, que la aparente razón en que se fundan, la no poca lectura de libros de metodistas modernos de ciencias, y el ardor juvenil en otros tiempos me preocuparon algo la fantasía, y casi me hicieron conjeturar que las ciencias estaban aun en su infancia, y necesitaban crecer mucho; mas las reflexiones de edad madura me hicieron conocer después que no se da aumento en las ciencias sin estabilidad en sus principios, y que la renovación perjudica a algunas de ellas.

No se puede negar, que por muchos siglos las ciencias han estado en las escuelas como estatuas inmobles sin dar un paso; mas de esta inmovilidad hay varias causas: no todas éstas culpan la desidia de los literatos que no las han adelantado o puesto en movimiento; y algunas son efecto de haberse abandonado el estudio antiguo, con que se han formado los grandes oradores, poetas, historiadores y sofistas, que hasta ahora respetamos como príncipes en sus respectivas facultades. Discurriré algo sobre las dichas causas, para que con el debido conocimiento de ellas sea justo el juicio que se debe hacer de las quejas contra el estado de las ciencias presente o pasado.

Las ciencias son especulativas, o prácticas; morales, o naturales. Las especulativas y morales dependen solamente de la razón natural; las prácticas y naturales dependen de la observación y experiencia. Las ciencias especulativas y morales son actualmente lo mismo que en substancia fueron dos mil años ha, cuando los hombres de gran talento llegaron a cultivar con perfección el estudio científico. Estas ciencias son parto del entendimiento esclarecido y libre de preocupaciones; el tiempo, la observación, y la experiencia no tienen influjo alguno sobre ellas; la retórica, historia, poesía, ética, política y teología natural serán después de dos mil años lo que son ahora; y lo que fueron dos mil años ha; si no es errado el juicio de todos los sabios, que reconocen aun a varios autores griegos, y romanos por príncipes en dichas ciencias. Los libros antiguos de éstas contienen substancialmente todo lo que se ha escrito o trasladado en los mejores de los modernos; la diferencia que se halla es solamente accidental y proveniente del método, el cual fácilmente se inventa después que las ciencias llegan a su perfección. El método facilita el estudio, y porque esta facilidad no se logra con tantos métodos nuevos, como se proponen continuamente, se debe conjeturar que se observa poco el único, que entre tantos métodos será idóneo para facilitar el estudio de las ciencias. El gobierno, pues, debe prescribir el método de estudios con aprobación de los mayores sabios de la nación; y después de haberlo puesto en todas las escuelas de ella, debe consultar la experiencia, informándose de los nuevos progresos, que resultan de la enseñanza científica.

Entre las ciencias especulativas se cuentan la lógica y metafísica que en los siglos de la ignorancia han padecido graves, y perjudi-

cialísimas alteraciones. La lógica es una retórica algo especulativa, y la metafísica es una ciencia mental, que depende de ciertas ideas que, con relación a objetos verdaderos, forma la razón humana; y aunque ésta siempre y en todos los hombres es la misma, mas porque las especulaciones que hace, y las ideas que inventa o finge para explicar la naturaleza y esencia de los objetos verdaderos, pueden ser muy varias en número y perfección, la rectitud o vicio de tales especulaciones e ideas conspiran mucho a rectificar o viciar la lógica y metafísica. Redúzcase la lógica a los límites de la retórica, en que estaba antiguamente, y será perfecta. Considérese la metafísica como una geometría mental, y se rectificarán los discursos especulativos, así como con la geometría matemática se rectifican los discursos de los objetos sensibles. La lógica y metafísica que hemos heredado de nuestros inmediatos progenitores, no eran retórica ni geometría mental, sino un esqueleto de estas ciencias vestido y desfigurado con las especulaciones que introdujeron la superstición, el ningún gusto de literatura buena y los fogosos y desconcertados celebros de los árabes. Mas simplifiquemos la lógica y metafísica tan desfiguradas, despojémoslas de las vanas especulaciones, con que están vestidas, dejémoslas desnudas, y luego descubriremos su verdadera naturaleza, y lo que fueron en la antigüedad.

Descubriremos que todos los principios y doctrina de la lógica y metafísica se reducen a pocos preceptos, con cuyo fácil uso la razón, sin perder nada de su solidez en el pensar, da método y fuerza a sus discursos, penetrando hasta lo más íntimo de la esencia de las cosas. Las obras filosóficas de Cicerón bastan para convencer la bondad de la lógica y metafísica de los antiguos, que se desfiguraron con las falsas especulaciones en los siglos de la ignorancia.

Las leyes son ciencia medio práctica respecto de los legisladores de pocas luces, y son especulativas respecto de los legisladores de sublime conocimiento, con el que prevén las causas, efectos y resortes de las pasiones del hombre en soledad, y compañía. Los hombres siempre han sido los mismos, mas su sociedad civil no siempre ha sido la misma; ésta ha sido buena o mala según la calidad de las leyes. Antiguamente en pocos renglones se contenían las leyes con que se gobernaban naciones de millones de almas, que carecían de las luces de la verdadera religión, que da todo realce a la sociedad

civil; y hoy se escriben tomos enteros de leyes para gobernar una comunidad de pocos hombres, que conocen sus deberes con las luces de la verdadera religión. La felicidad de las antiguas naciones se infiere de la magnificencia de sus reyes y de la inalterable armonía entre sus derechos con los de los súbditos. Las siempre admirables fábricas de los egipcios, que a la soberbia romana parecieron ser efectos portentosos del más estupendo lujo, no se pudieron hacer sin que la nación egipcia nadase en la opulencia. Esta no daba al rey libertad contra los derechos del súbdito, que se fundaban en los vínculos recíprocos del patriotismo, inviolables en aquel tiempo, y hoy rotos frecuentemente con el ligero influjo de un vil adulador, o traidor de la patria. El mejor gobierno en el presente tenebroso siglo, que se llama de ilustración, no dejará de confesar admirable en sus leyes al gran Licurgo; ni prudentemente esperará, que en la presente constitución legal renazca otro Licurgo. Así, pues, en la jurisprudencia, como en la retórica, historia, poesía, ética, política y teología natural, no se debe desear aumento o renovación, hasta que tengamos literatos, que siendo más sabios y prudentes legisladores que Solón y Licurgo; más elocuentes que Demóstenes y Cicerón; mejores poetas que Homero, Virgilio, Horacio, Anacreonte, Píndaro, y Sófocles; mejores historiadores que Tito Livio y mejores éticos que Aristóteles, se hayan formado sin leer a estos autores y con métodos diferentes de ciencias. Fórmenos y preséntenos Condillac tales hombres con su nuevo método de estudios, con su lógica, que llama nueva, y con sus extrametafísicos tratados de los conocimientos humanos; y entonces renunciaremos a los Demóstenes, Cicerones, Homeros, etc. a sus reglas científicas, y a los Vives, Osorios, Marianas, Perpiñanes, Granadas, Bourdaloues, Señeris y otros, que se han formado con ellas.

No crea el lector que yo, por preocupación, y menos por edad, defiendo la antigüedad; la defiendo por la verdad, a la que únicamente ofrece incienso mi corazón despegado de toda vil pasión que causan o fomentan la educación, el mal entendido patriotismo, el fanatismo y el espíritu de contradicción. La verdad me obliga a confesar, que los antiguos deben ceder a los modernos en las ciencias naturales. Los progresos, que algunas de éstas, como la química, física, matemática, anatomía, etc. han hecho, son palpables; mas

no por esto debemos culpar a los antiguos, porque para perfeccionar las ciencias naturales no basta el más sublime conocimiento: se necesitan observaciones, experiencias y tiempo. No obstante esta confesión, debo hacer una breve reflexión, con que quizá se conocerá que los antiguos sobre las ciencias naturales no ignoraron tanto como se cree, y que los modernos no adelantan útilmente tanto como juzgan. No quiero, pues, traer a la memoria las observaciones astronómicas de los antiguos babilonios, ni otros puntos algo obscuros de la historia de las ciencias naturales; mas solamente insinuaré una anécdota clara e innegable; y es que Hipócrates, en medio de la ignorancia que entre los antiguos suponemos de la anatomía y física moderna, aún no ha perdido entre los sabios modernos el sobrenombre de divino. Hipócrates ignorando la física moderna, nos ha dejado axiomas que hasta ahora se verifican; ¿cuántos axiomas de Hipócrates se han descubierto falsos con los nuevos progresos científicos? ¿Cuántos axiomas han añadido los modernos a los de Hipócrates? Si se hubieran perdido las obras de Hipócrates, ¿todos los descubrimientos modernos bastarían para formar otras semejantes de nuevo? ¿Se hubieran formado? Hipócrates, vuelvo a repetir, se llama divino por los modernos, como se llamaba por los antiguos; y esto basta para conocer que su doctrina en materia de física aún se mira como admirable e incorregible, a despecho de los nuevos descubrimientos en las ciencias naturales. Yo confieso que en éstas se han hecho progresos, mas ignoro si son útiles, o si se saca utilidad de ellos, pues veo que los axiomas médicos no crecen en número, sino que perseveran casi los mismos, que se leen en las obras que se atribuyen a Hipócrates. ¿Qué importaría al verdadero sabio el descubrimiento que de los satélites de Júpiter hizo Galileo, si después no se hubiera hecho útil tal descubrimiento valiéndose de los satélites para determinar la longitud geográfica de cada punto de la tierra? Así, pues, nada importan a la sociedad los progresos científicos, que no son o no se hacen útiles. Los sabios que inventan cosas nuevas sin hacerlas útiles son como los generales que vencen y no saben aprovecharse de la victoria. Los antiguos hicieron menos progresos que los modernos en las ciencias naturales, pero sacaron de ellos más utilidad que se saca al presente de tantos famosos descubrimientos; los antiguos descubrían menos que los modernos, y adelantaban más

en las ciencias. Los axiomas de Hipócrates nos obligan a confesar, que él sin el gran ajuar de compases matemáticos, instrumentos físicos y hornillas químicas, conoció la naturaleza no menos que los modernos. Estos ciertamente no saben lo que él ignoró. Hipócrates conoció la naturaleza por la observación atenta de sus efectos; desde estos pasó a las causas; y el acierto de sus máximas prueba que sus conocimientos y progresos en la observación fueron justos y útiles. De la medicina de los antiguos diré últimamente que quien quiere pronosticar médicamente debe leer a Hipócrates; quien quiere dar método a la medicina, debe leer a Galeno; y quien quiere hablar de la virtud de las hierbas, no debe despreciar los escritos de Teofrasto y Dioscórides. Si es aún tan admirable la doctrina de estos antiguos, que ignoraron los progresos modernos de la física, parece que esto mismo nos obliga a sospechar que o son inútiles estos progresos o que se tiene habilidad para inventar y no para hacer útiles las invenciones. Esta proposición me parece verdadera respecto de la mayor parte de las ciencias naturales; y si con más fundada reflexión alguno la juzgare tal, deberá inferir que con los nuevos progresos científicos no se ha encontrado el camino o método, que nos conduce para hallar la verdad y utilidad en las ciencias. Este camino sin duda encontraron los antiguos, pues si no le hubieran encontrado, no podían haber hallado tantas verdades, en circunstancias en que la falta de la imprenta, el poco comercio literario, y la imperfección de las artes les hacían más difícil que a nosotros el estudio de la física. Esta reflexión me da oportuna ocasión para hacer la siguiente, con que concluyo este discurso, poniendo en su verdadera vista el cotejo justo entre los antiguos y modernos.

Algunos literatos modernos han sido más sabios que los más ilustres sabios romanos, así como algunos de estos fueron más sabios que los griegos; ¿mas por esto se dirá que entre los modernos ha habido o hay mayores hombres que admiró Grecia? No. La sabiduría presente se funda en los progresos que hicieron los antiguos; estos encontraron y allanaron el camino, por donde los modernos pueden correr sin trabajo ni tropiezo. La grandeza de los sabios no se debe medir o inferir de sus escritos aislados, mas de estos considerados en las circunstancias en que vivieron sus autores. Estos con su talento y con la simple naturaleza descubrieron el camino de las ciencias;

nosotros caminamos con la luz de sus descubrimientos, y con la naturaleza en todas sus vistas por beneficio de la óptica, química y mecánica; y hay gran diferencia entre el maestro que por sí mismo se ha hecho, y el discípulo que no sabe sino lo que aprendió del maestro. Es más fácil adelantar lo inventado, que inventar de nuevo; mas lo poco que se adelanta con los nuevos descubrimientos, y lo mucho que los antiguos nos dejaron descubierto y adelantado, prueban la verdadera diferencia, no ya de talentos (que en todo país, y siglos se encuentran grandes), mas de rectitud y buen método de pensar. A estas causas atribuyo yo que los antiguos empezando a cultivar la retórica, poesía y otras ciencias especulativas, llegaron prontamente a poseerlas con tanta perfección, que sus escritos nos sirven de regla viva; y nosotros sin tener más trabajo que imitar lo que hallamos hecho, no llegamos a imitarlos perfectamente, porque nos faltan el buen método y rectitud de pensar. Y esto debe bastar para que con justa crítica se forme juicio verdadero del estado de las ciencias. Los progresos útiles de éstas consisten principalmente en que la mente fecunda de los principios sólidos de las facultades se acostumbre a pensar con rectitud y sin vanas especulaciones; lo que se consigue leyendo solamente autores magistrales. Para lograr dichos progresos son necesarias también providencias justas de buenos estudios públicos, premios y otros medios útiles para promover las ciencias.

III

Vol. 5. *El hombre en la virilidad*, libro V, pp. 1-8

EL HOMBRE EN LA VIRILIDAD

La edad en que la naturaleza humana llega al estado de su perfección es la de la virilidad del hombre, por lo que desde que entra en ella conviene y se da propiamente a este el nombre de hombre en toda su más amplia y perfecta significación. El hombre fue hombre desde su concepción: lo fue al parecer en este mundo, en la infancia, niñez,

pubertad y juventud, edades que preceden a la viril; mas fue hombre que se estaba haciendo, o que no había llegado aún a la perfección total de su naturaleza. Al hombre llegado a esta perfección o a la edad viril, se le dan en casi todos los idiomas nombres relativos a las calidades que indican la perfección de su cuerpo y espíritu: así de los nombres que en griego, latín, y casi todas las lenguas vivas se dan al hombre, se derivan muchas voces que significan humanidad, virtud, poder, animosidad, y otras propiedades que caracterizan la perfección de su naturaleza. Se derivan también en algunas lenguas nombres que significan casa o habitación, muchedumbre o familia; porque el hombre en la virilidad pide estas cosas. Así en la lengua irlandesa, dialecto de la antigua céltica, hombre se dice *duine*, de cuya palabra provienen *dunach*, casa, habitación, muchedumbre; *dunboc*, palacio; *duim*, pobre. En lengua japona *xu*, hombres; *xei*, gente; *xujin*, amo, dueño; *xucuxo*, habitación. En el idioma teutónico antiguo, el hombre con relación a los dos sexos, se llamaba *man*; de donde en el mismo teutónico se decía *managii*, muchedumbre; esta se dice menge en alemán, y *menichte* en flamenco; en este, para explicar muchos, se dice *menige*, en inglés *many*, y en antiguo bretón o sajón, *manage*. Al nombre teutónico *man* parecen ser afines las palabras latinas *mas*, *masculus*, macho; *maritus*, marido; y quizá también las palabras *homo*, hombre; *mulier*, mujer; *fœmina*, hembra. No parezca arbitraria esta conjetura, para la que hallo fundamento no ligero en los nombres que significan hombre y mujer en lenguas matrices de muchas naciones dispersas por países entre sí distantísimos. En dichos nombres advierto hallarse la letra *m*, que es radical de ellos y de sus derivados; y el ser común una letra radical a nombres que en diversas lenguas significan una misma cosa es prueba para inferir que todos ellos provienen de una misma voz radical, como demuestro en mi obra italiana de las lenguas con ejemplos de nombres en centenares de idiomas.

El hombre en su edad perfecta, que es la virilidad, se llama propiamente en latín *vir*, varón; y la sílaba radical del nombre *vir* es común a las palabras latinas *vis*, fuerza; *vivus*, vivo; *vita*, vida; *vires*, fuerzas; *virtus*, virtud, poder; *virus*, virtud natural; *vigor*, vigor; *virere*, enverdecer; viridis, verde; *virga*, vara; y a otras semejantes que declaran las propiedades características del estado perfecto de

la naturaleza humana. Del nombre *vir*, varón, proviene el título señoril de varón, como de la voz latina *senis*, viejo, proviene al título respetuoso de señor. En la lengua irlandesa *fir* significa hombre; los celtas confundían recíprocamente las letras *f*, *v*, por lo que en su lengua *vir* suena *fir*. De este nombre provienen las voces irlandesas *fear*, *fer*, *feur*, verdura; y *fleachur*, coraje. Varón en griego se dice *aner*, nombre que en prosa tiene el genitivo *andros*, de donde probablemente proviene la palabra *antropos*, hombre o mujer; pues en todas las lenguas fácilmente se confunde o muda recíprocamente la pronunciación de las letras *d*, *t*.

[…]

En los nombres que significan hombre, mujer, en varios idiomas, la etimología descubre las propiedades principales que caracterizan el estado de perfección de la naturaleza humana en la virilidad. En este libro expondré la consideración de estas propiedades, y le reduciré a los tres tratados siguientes. I.º El hombre en la virilidad, miembro distinguido de la sociedad civil. II.º Perfección física del hombre en la virilidad. III.º Discursos políticos relativos al hombre y a la sociedad civil.

IV

Vol. 5. *El hombre en la virilidad*, libro V, pp. 193-202

DOCE CÁNONES, EN QUE SE ESTABLECE LA DOCTRINA FUNDAMENTAL DE LA VARIEDAD DE COSTUMBRES Y TEMPERAMENTOS

En lo que se ha dicho hasta aquí, he supuesto siempre que el clima, los alimentos y la complexión de los humores del cuerpo influyen en las costumbres: esto lo he dicho, mas por acomodarme a lo que hallo escrito por varios autores juiciosos y de crédito, que porque yo esté persuadido de ser ciertas todas las correspondencias que suponen de climas con humores, y de humores con costumbres. Por

tanto permítaseme examinar ahora más en particular estos puntos, y determinar hasta qué punto se puede admitir el dicho influjo; porque si no se puede negar todo, del conceder demasiado se siguen los inconvenientes que se insinuaron al principio, y después se expondrán más difusamente. La dificultad está en encontrar con un buen medio. Este es el que yo intento lograr y tener; y para proceder con mayor claridad en una materia de suyo confusa, la propongo con división en las proposiciones siguientes.

I.ª De la uniformidad del clima (lo que se dice del clima, se entiende también de los alimentos) no se puede tomar argumento universal y cierto de la uniformidad del temperamento. En una misma nación, y en una misma ciudad, bajo el mismo clima, ¡cuánta diversidad de temperamentos no se ve! Unos son melancólicos, otros biliosos, otros sanguíneos, etc. Aun un mismo hombre en su mismo país pasa muchas veces de un temperamento a otro en diversas edades.

II.ª La variedad del clima tampoco prueba absolutamente la variedad del temperamento. Se encuentran gentes del mismo temperamento en gran diferencia de climas. Muchos europeos participan de la complexión de humores que comúnmente juzgamos reinar en los africanos; y muchos africanos convienen con la de los europeos. No todos los ingleses son adustos y melancólicos, ni todos los franceses son joviales, y de suave condición; también hay franceses de humores hipocondriacos, e ingleses de genio alegre: hay italianos taciturnos, y de gran seriedad, y hay españoles poco serios, y muy habladores.

III.ª Aunque de la uniformidad o diferencia del clima no se puede sacar argumento cierto de la uniformidad o diferencia del temperamento, no obstante hay razón congruente para persuadirse que los del mismo clima convienen, aunque no en todo, en gran parte, en el temperamento, y los de diverso clima se diferencian. El clima diferente altera y modifica diversamente los humores que constituyen el temperamento, como generalmente afirman los médicos, y yo, con Hostmann, noté poco antes. No quiero decir que todos los africanos, por ejemplo, sean perfectamente iguales, y semejantes entre sí en la complexión; sino que, hablando en general, más dista el temperamento de un africano del de un europeo, que el de un africano del de otro africano.

IV.ª De la uniformidad de climas tampoco se puede sacar argumento seguro de la uniformidad de costumbres. Hablando los filósofos de las causas necesarias, cual es el clima, dicen a una voz que de las mismas causas nacen los mismos efectos. Esto no se verifica del clima respecto de las costumbres. El África, que antiguamente fue una región civilizada y culta, y hoy, sin mudar de clima, es una selva de bárbaros, nos puede dar otra vez el valor y prudencia de un Aníbal, y el ingenio de un Agustino y de un Tertuliano. La Grecia, que hoy se ve sepultada en la ignorancia, puede otra vez enseñar a Roma. Roma, que hoy es avasallada, puede otra vez señorear al mundo. La Europa, que hoy es señora de gran parte del orbe terrestre, puede otra vez ser esclava. La América, que hoy se ve señoreada, puede otra vez ser señora. Esta variedad de sucesos nos hace ver que, sin que haya novedad en los climas, pueden faltar y reproducirse en cualquier país, la ciencia, la virtud, el valor, la cobardía, la ignorancia, y cuanto bueno y malo hay en el hombre. No solamente se advierte en las diversas partes del mundo esta sucesión de vicios y virtudes; sino también en cada una de las naciones se ve que en cada siglo varían mucho sus inclinaciones a unas virtudes más que a otras, y a unos vicios más que a otros. En cada siglo se mudan las costumbres, como se mudan los gobiernos o las modas, y no se muda el clima. Así hay en una misma nación siglos de guerreros y valerosos, y siglos de pacíficos y cobardes; siglos de sabios, y siglos de ignorantes; siglos de hombres virtuosos y siglos de viciosos; siglos de súbditos fieles y siglos de revoltosos; siglos de príncipes grandes y siglos de príncipes inútiles o de un inferior mérito. Un hombre solo tal vez ha dado nuevo tono al pensar de los hombres, y nuevo sistema a sus costumbres: así Confucio le dio ventajoso a todo el imperio de la China.

V.ª Tampoco de la variedad del clima se infiere con seguridad la diversidad de costumbres. La variedad del temperamento no se arguye seguramente de la diferencia del clima, como consta de la proposición II.ª: luego ni la diversidad de costumbres, puesto que el clima no concurre inmediatamente a ellas, sino mediante el temperamento, como diré en la proposición siguiente.

VI.ª Lo más que se puede conceder al clima en orden a las costumbres, es que influye remotamente en ellas, en cuanto influye en

el temperamento. En realidad, el clima no toca inmediatamente a las costumbres, siendo mero agente extrínseco y lejano de las pasiones del hombre; pero dispone los humores del cuerpo, los cuales pueden excitar en él o inclinarle a esta o la otra pasión. Por ejemplo, el clima, que haga abundar en cólera, concurrirá, por medio de este humor, a hacer a los hombres iracundos; y lo mismo digo a proporción de otros humores y complexiones. Pero aquí se debe advertir que, no dependiendo el temperamento totalmente del clima, sino también de otras causas, como son la comunicación de los humores de los padres, la disposición de los vasos humorales para la mayor o menor velocidad en la circulación, etc., tendrá el clima menos influjo en el temperamento, que este tiene sobre las costumbres.

VII.ª El clima influye, sin duda, algunas veces en varios efectos del cuerpo puramente materiales, cuales son la sanidad, robustez y fuerzas, y por consiguiente en la aptitud para aguantar el trabajo y la fatiga. De esto nos dan clara prueba la diferente duración de vida que, como se dirá en otro lugar, se advierte en varias naciones, y la diversidad del vigor, sanidad, etc.

VIII.ª El temperamento de los humores no influye de modo alguno en las pasiones y vicios puramente espirituales, como son la soberbia o envidia, etc. Esta proposición es clara por la improporción que hay entre una cosa y otra; y es evidentemente práctica por la experiencia, pues no hay clima ninguno que haga a los hombres humildes y misericordiosos o caritativos con el enemigo: estos son efectos solos del clima de la virtud.

IX.ª Hay algunas pasiones tan universales en todo el mundo que, o hay un temperamento universal para todas ellas, o no dependen de la variedad de temperamentos. Todos los hombres repugnan igualmente al trabajo; y si se ven algunos más aplicados a él que otros, esto es efecto de la necesidad o del interés con que ellos vencen su repugnancia: el temor del mayor mal obliga a sujetarse voluntariamente al menor indispensable; y la pasión mayor destruye la menor, con quien es incompatible: todos son igualmente inclinados a los placeres sensuales, y si se ve algún país en que más se note esta pasión que en otros es porque las leyes y la religión han perdido allí su fuerza sobre el pundonor: virtud que pueden oprimir, no destruir, porque la vergüenza es voz de la naturaleza y no efecto del clima.

X.ª En pasiones mixtas (esto es, que aunque sean propiamente del alma, dependen también del cuerpo, o éste las fomenta) puede influir algo el temperamento. La unión y estrecha comunicación del alma con el cuerpo hace que aquella participe, sin saber cómo, de las impresiones de este. De aquí es que muchas veces con cualquier motivo pasan desde el cuerpo al alma ciertos ímpetus o movimientos, que la inclinan fuertemente a algunos objetos. Estos ímpetus provienen muchas veces de los humores predominantes. Por ejemplo, un colérico se ve más fácilmente incitado a la ira que un flemático, etc., según que se ha notado arriba.

XI.ª Con todo que en algunos países reinen unas pasiones más que en otros, no es argumento convincente de que esto sea efecto de la diversidad de temperamentos. La razón es porque para esto era necesario que el temperamento fuese la única causa que fomentase las pasiones o costumbres; mas si la diferencia u homogeneidad de esta pueden provenir de otras causas homogéneas o diferentes, estas lo serán de aquel efecto, aunque se suponga que no hay más que un temperamento en todos los hombres. Que la diferencia u homogeneidad provienen de otras causas, se expondrá en el siguiente párrafo.

XII.ª Tampoco se puede atribuir indubitablemente a la uniformidad de temperamento la uniformidad de costumbres de una nación. En ninguna nación hay esta uniformidad absoluta de temperamento, y aunque la hubiera, no sería argumento convincente, porque la uniformidad de costumbres podía provenir de otros principios, como en efecto proviene en gran parte según que se dirá después. En las proposiciones expuestas he procurado declarar lo que parece más verosímil acerca del influjo de clima, de los alimentos y del temperamento sobre las acciones del hombre. Lo que en esta materia enseña por experiencia la física no contradice a la razón con que se gobierna la filosofía. Montesquieu, en su *Espíritu de las leyes*, pretende ser buen legislador a despecho de la física y de la filosofía, esto es, de la naturaleza y de la razón. Prueba de su pretensión puede dar el examen crítico de las muchas proposiciones que, fundado en principios erróneos, establece sobre los efectos del clima. Se analizó y combatió antes la que hace al monaquismo, de espíritu regional o climatérico. Analicemos brevemente otras, en que se propone el monstruoso hermafroditismo de lo físico del clima y de lo moral de las acciones humanas.

Según la doctrina de Montesquieu sobre los climas, lo físico de los hombres, proveniente de ellos, prepondera casi sobre lo moral; esto es, la conciencia cede naturalmente a la fuerza urgente o preponderante de los climas. Los herejes teológicos ponen en la gracia divina la fuerza eficaz que quita la libertad; y los herejes físicos la ponen en la naturaleza. La pura filosofía basta para conocer y confutar estos delirios teológicos y físicos, pues reconoce en el espíritu su superioridad natural sobre el cuerpo, y los principios necesarios que le impelen sin libertad a distinguir el verdadero mérito de la verdad mental y de la bondad moral. Hablando humanamente, dice Montesquieu, se podrá decir que el clima ha puesto límites al cristianismo y al mahometismo, dominando este en los países donde se pueden usar sin incomodidad los laboratorios que prescribe. No sé cómo entra en esta proposición el cristianismo que no manda ni prohíbe los baños. El mahometismo es propio del clima en que se pueden hacer los baños con frecuencia y sin incomodidad: luego, si el mahometismo no prescribiera baños, ¿dejaría de ser propio de tal clima? Esta consecuencia cierta hace conocer la fineza del rasgo filosófico con que este nuevo legislador delineó su espíritu de las leyes. Se prescriben para el mahometismo los baños; mas como los mahometanos no se bañan en los países en que no encuentran agua, tampoco juzgan deber bañarse con aguas medio heladas o frías; y en los países en que las hay, no se bañan si no hay fuego para calentarlas. Los mahometanos que había en las sierras nevadas de España miraban a estas como a país propio de su religión; pero Montesquieu les dirá que se engañaban. Los españoles, que pelearon heroicamente por muchos siglos para echar de su reino a los mahometanos que de ninguna manera querían abandonarlo, hubieran hecho gloriosa y eterna la memoria de Montesquieu, si entonces hubieran aparecido como apóstoles de Mahoma, anunciando a sus sectarios que las montañas frías de España no eran país propio de su religión. Montesquieu pues, nos quiere hacer conocer que el cristianismo, que antiguamente ocupaba los países calientes de Oriente y África, en que ahora reina el mahometismo, había excedido los límites que le había puesto la naturaleza; y por esto no podía subsistir. Inventó Mahoma su religión a los seis siglos después del principio del cristianismo: este fue echado por el maho-

metismo y se fijaron los límites naturales entre los dos colitigantes. El cristianismo y el mahometismo nacieron en países calientes; mas el cristianismo erró su patria y acertó con ella el mahometismo. No saquemos más consecuencias, si no queremos hacer un discurso de continuos delirios, que ofenden el carácter de quien los lee, los oye y los hace. ¿Cuál es la patria, cuál es el clima del cristianismo? El clima de este es el de la virtud: señale Montesquieu el clima en que los hombres no puedan ni deban ser buenos, y este será el clima en que no penetra el cristianismo.

V

Vol. 6. *El hombre en la virilidad*, libro VI, cap. V, pp. 326-328

PREOCUPACIONES DEL HOMBRE

Por preocupaciones del hombre, que forman no solamente el mar turbulento en que navega en la vida mortal, sino también la región de tinieblas densísimas en que nace, vive y muere, entiendo todas las falsas ideas y los juicios irracionales que el espíritu forma y concibe erróneamente, no dándose por entendido a los impulsos de la razón, y dejándose arrastrar de las apariencias de las pasiones, y de los abusos que han introducido la ignorancia, el poderío popular y el vicio. Estas preocupaciones son los ídolos que adora la razón de cada hombre, y que provienen de la obscuridad de las luces naturales, del mal modo de concebir las ideas, del influjo de las malas inclinaciones, de la ignorancia en que vive sepultada gran parte de los hombres y de la educación viciosa en que otra gran parte está imbuida desde la infancia.

Las preocupaciones son una enfermedad epidémica y universal que vicia todas las edades. La virilidad, que es la edad más perfecta del hombre, no está exenta; y la vejez, que supone desengañado el hombre con la experiencia, suele crecer en ellas no menos que en años. Así vemos por experiencia, que el joven conoce haber tenido

preocupaciones en la niñez, que el varón confiesa las de la juventud, y que el viejo prudente no niega las de toda su vida pasada. Vemos también que el joven tiene la preocupación de creer preocupado a todo viejo, y el viejo tiene la de juzgar que todo joven vive en el error. Las preocupaciones se hallan en toda clase de personas, no menos que en todas sus edades. El príncipe las tiene contra el súbdito, y este contra el príncipe; el superior y el amo contra el súbdito, y este y el criado contra el superior y el amo; el rico las tiene contra el pobre, y este contra el rico. Preocupaciones hay en poblado y en los campos, en los palacios y en las humildes chozas; las hay en el vestir, en el alimentarse y en el vivir. Preocupaciones hay en la sociedad civil, preocupaciones en los empleos que la forman y preocupaciones en las ciencias que la ilustran. Preocupaciones hay en todo, porque no parece que pueden faltar preocupaciones donde hay hombres. Por todas partes se ven preocupaciones. Si un hombre, se suele decir, estuviera los primeros treinta años de su vida privado de toda sociedad humana, ¿con cuántas preocupaciones aparecería al mundo? No dudo, que se presentaría con muchas, como se ve por semejanza en tantos hombres sin educación, los cuales parece que siempre han vivido encerrados o separados de la sociedad humana, mas este hombre no tendría las muchas y perniciosas preocupaciones de una falsa y viciosa educación, que son sin duda las peores y más nocivas a la vida civil.

La inmensa multitud de preocupaciones que reinan entre los hombres, pedía un largo tratado, si se hubiera de dar de ellas cabal idea. No es esta mi intención: pretendo solamente insinuar algunas de las muchas que merecen la atención de un filósofo cristiano, por ser poco conformes a la razón y a la conducta racional que deben los hombres. Hablaré de las preocupaciones del hombre en el vestir, en el alimentarse, en el vivir, en los empleos de la sociedad humana, en las ciencias y en la que el mundo llama virtud. Las que se propongan, servirán de luz para inferir las demás que se callan, porque su relación o conexión fácilmente las descubrirá.

VI

Vol. 7. *Vejez y muerte del hombre*, libro VI, pp. 1-3

VEJEZ Y MUERTE DEL HOMBRE

A la virilidad sucede la vejez, la cual constituye al hombre en la última parte o edad de su vida. La vejez se llamó entre los latinos senectud[2], o porque es la sexta o última de las edades en que distribuían la vida humana, o porque es el tiempo en que la naturaleza se halla ya perezosa y entorpecida, o porque en ella el hombre se avecina a la muerte. Mas de cualquiera manera que se quiera entender aquella voz, es cosa constante, y muy verdadero, que la senectud es la última edad del hombre, en la que este carece de agilidad, y está vecino a la muerte. Esta se sigue necesariamente a la vejez, no menos que a la enfermedad mortal; por lo que con razón dijo el poeta que la misma vejez era enfermedad[3]. Mas aunque la vejez sea la última disposición para la muerte, la cual ha de venir indefectiblemente después de ella, no por esto se ha de mirar al hombre anciano como un enfermo en el mundo político; antes bien se le ha de contemplar como sano y robusto en el consejo, supliendo con su mente vigorosa todo cuanto falta a su cuerpo débil.

Por tanto, después de considerar el estado físico de la vejez, y achaques que en ella padece el hombre, propondré la condición ventajosa en que le constituye la vejez para la utilidad de la sociedad humana. A la consideración de la vejez, última edad del hombre seguirá la de su estado en la enfermedad, que comúnmente precede a su muerte. Constituido en esta el hombre, presenta a la vista del mundo el más miserable espectáculo de temores y angustias de su espíritu; y a la vista de la religión parece un pasajero que en la tranquilidad de un sueño dulce desaparece de la vida temporal y pasa

[2] Los latinos dividieron la vida del hombre en seis edades, que llamaron infancia, *infantia*, niñez, *pueritia*, mocedad, *adolescentia*, juventud, *juventus*, virilidad, *ætas virilis*, y vejez, *senectus*; según este número de edades, algunos autores derivan la palabra *senectus* de la voz *senarius*, otros de *segnities*; otros de *seminex*.

[3] "Senectus ipsa est morbus", Terencio, *Phormio*, act. 4, scena 1, v. 9.

a la eterna. Nos deja en depósito, y por prenda de su memoria, sus despojos mortales, que el tierno agradecimiento y la piadosa humanidad recogen y depositan amorosamente.

Estos hechos y circunstancias del hombre en la muerte, y después de ella, merecen en su historia atentas reflexiones, después de las cuales se examinará la duración de su vida mortal, determinándola, según las razones físicas, los ejemplos de la historia y los cálculos políticos y económicos de la vitalidad humana en todas las edades. El libro se concluirá con dos discursos los más importantes; conviene a saber, sobre la inmortalidad del espíritu del hombre, y sobre la resurrección de su cuerpo a vida eterna.